

LUIS N. PALMA

el poeta de su fe y de su patria

Por Leoncio GIANELLO

Dos andanzas de agua la rodean para darle el nombre y la ternura: ellas la bautizaron llamándola Entre Ríos antes que Vértiz el virrey, a indicación de Rocamora su teniente delegado, así la denominara en solemnes papeles administrativos. La tierra es ancha y bella; extendida en las largas llanadas donde las margaritas silvestres ponen su regalo de color; zahareña y agreste en la espesura de sus montes de talas y algarrobos o de espinillos rubios que, como avergonzados de su rusticidad, llevan entre sus manos espinosas el humilde saludo de sus boinitas de oro... Más allá se empina la llanura, para hacerse cuchilla, y luego caer dilatada y extensa hasta perderse a lo lejos en el tajo redondo del crepúsculo.

Esta fué la tierra natal de Luis N. Palma, esta provincia bendecida por Dios con el doble regalo de la belleza y la fecundidad, esta provincia altiva de la que alguna vez con unción escribí para cantarla:

“Has nacido cual Venus de las aguas
y el abrazo fraterno de dos ríos
te dió su nombre para siempre hermoso
mi tierra de Entre Ríos!

Al brindarte tu espejo de doncella
el Uruguay te invita
a despeinar tus trenzas de sauzales
Morena Sulamita;

y el Paraná leonado y majestuoso
parece que te canta
la canción de su amor fiel e imposible
mientras besa tu planta.

Curiosas de distancia tus llanuras
se levantan apenas
y te surcan de arroyos, y parece
que son por eso de cristal tus venas...

Ponen la nota de un destello rojo
tus floridos ceibales
anticipo brillante y luminoso
de lanzas federales.

Encerrada en tus límites de agua
te enseñará tu orgullo
a ser de tus hermanas argentinas
la más firme en lo suyo!

Tienes cual la Princesa de los cuentos
el don de la belleza
pero también el hada rezagada
te trajo su regalo: la tristeza

Y viste la maldad de los extraños
llegar sobre tu suelo
y caer tus espigas y tus rosas
bajo el purpúreo cielo

y aprendiste por eso, altiva y fuerte
estoica y silenciosa
a enderezar el tallo de tu espiga
y a cuidar de tu rosa...

Y en esta tierra florecida en poetas y guerreros nació Luis N. Palma, el 6 de diciembre de 1863. Gualeguay, la ciudad que sueña junto al río, fué su privilegiado solar. Pero muy niño se alejó de ella a la que nunca volvería; por eso su destino ennoblecido por un doble afán de virtud y de belleza se cumplirá en esta Santa Fe — la ciudad de su formación juvenil — y en Gualeguaychú, la ciudad de su apostolado.

En marzo de 1875 tiene Palma doce años e ingresa al Seminario Conciliar adjunto al famoso colegio de la Inmaculada. La Santa Fe de Garay se le metió en el alma a aquel muchacho sediento de belleza con sus viejas casonas donde los jazmines de la verja parecieran sostener coloquios de blancura con los azahares del patio colonial... Para el lado de San Francisco el río se allegaba casi hasta el convento mismo para echarse a sus plantas rumoroso y leonado. Y arriba por sobre los campanarios, sostenida por los altos árboles, la noche santafesina encendida en el fulgor de sus estrellas le decía al seminarista niño su cálido mensaje de belleza. Por eso en el famoso patio de los naranjos se verá muchas veces, en los ratos de asueto, pasear a un muchacho hermoso y triste que va como si hablara a solas consigo mismo repitiendo las sílabas del recién nacido verso, aquel que como un regalo de belleza le trajo la despierta vigilia cuando la alta noche extendía sus ramazones de sombra y la luna amiga del poeta sembraba de lirios de plata los largos caminos que van hacia la aurora...

Fué Palma un estudiante ejemplar, el primero de su promoción y llegó a presidir la Academia Literaria de la Inmaculada, institución de tan fecunda influencia para las letras de la región litoraleña.

En Santa Fe, Luis N. Palma se supo poeta y escribió sus primeros versos. Muchos de ellos llenos de nostalgia como aquel poema: "Pensando en mi madre":

"Yo pienso siempre en tí; nadie me arranca
la imagen de tu amor del corazón:
en el cielo del alma es nube blanca
en el templo sagrado es oración.

Luz en la tempestad de mis dolores,
Esperanza en la noche del sufrir,
gloria en la lucha, en el desierto flores,
ángel que me conduce al porvenir.

Madre, yo pienso en tí, una tras una
tuyas las dichas de mi vida son.
Bésame desde el rayo de la luna
mándame desde allí tu bendición.

Otras veces su verso tenía enfervorizado acento épico, como en su "Canto a la familia hispano argentina", del que son ejemplo estas dos estrofas:

No son dos pueblos ya!... Un soplo alienta
dos almas de gigante. Van sonoras
apagando el rumor de la tormenta
voces de libertad, canto de auroras.

Es que España y mi patria,
Asombros de la historia!
Olvidan hoy sus odios y se abrazan
a las puertas del templo de la gloria.

Feliz conciliación! Eterno anhelo!
Olvidado el rencor vuelta la calma,
a España vamos con la fe del cielo
y nuestra libertad dentro del alma!

Hoy volvemos al lado
de la madre adorada
a dejar en su seno nuestros lauros
a romper a su planta nuestra espada!

Aquí en Santa Fe, tuvo Palma fuertes e inolvidables afectos: el gobernador Don Simón de Iriondo fué uno de estos. Cuando aquel gran santafesino cayó en medio de sus afanes sin tregua, el joven seminarista de la Inmaculada escribió un poema lleno de ternura en recuerdo de quien tantas veces le había dado su consejo y su amistad.

A los 21 años terminaba Palma brillantemente su carrera eclesiástica recibiendo de manos del Ilmo. señor Obispo del Paraná, Monseñor Gelabert y Crespo, su ordenación sacerdotal; se cumplió esta emocionada ceremonia el 26 de abril de 1886; al poco tiempo de realizada ésta, el Padre Palma cantó su primera misa en la catedral de Paraná el 16 de mayo de aquel año. Alto, rubio, gallardo y hermoso, parecía el Arcángel San Miguel que hubiera trocado su celestial armadura por la blanca casulla del oficiante.

Ese mismo año 1886, Palma fué nombrado canónigo honorario de la Catedral de Paraná y cura párroco de Gualeguaychú; fué el párroco

y el canónigo más joven que se registra en los anales eclesiásticos del arzobispado de Paraná, ya que cuando se le conferían tal dignidad y tan ardua función Palma tenía 22 años.

Y llegó con su ardor apostólico y con labio encendido en frases de frecuente y lograda belleza a su parroquia de San José en Gualeguaychú. Al poco tiempo era el ídolo de la ciudad; las gentes todas, separadas tan a menudo por tantas cosas que son aún más notorias en las ciudades chicas, se unían en una sola su cariño al Padre rubio, aquel que llevaba en la mirada buena de sus grandes ojos azules todo el perdón y toda la comprensión infinita que desde el sacrificio del Gólgota dejó Nuestro Señor para la terrena andanza del hombre...

Pero si Gualeguaychú quiso a su párroco joven, cómo quiso él a esa ciudad que sin ser su cuna es también suya porque allí luchó, sufrió y soñó; porque a ella dedicó las estrofas rotundas de su canto y porque en ella, a impulsos de fervor apostólico, realizó el afán de dejarle el solar sagrado de la oración del éxtasis, el refugio sereno de su templo alzado sobre la tierra de las viejas tumbas como un símbolo enorme de aquella vida que splende sobre el derrumbe de la muerte.

La piedra fundamental de ese templo de San José había sido colocada por Urquiza el mismo año que nació Palma, el sacerdote que veintisiete años después pudo, gracias a su tesón, inaugurarle con palabras henchidas de belleza en las que parece asomar el presentimiento de la definitiva ausencia cuando expresó: "Para mí formularé un voto íntimo, la única de mis aspiraciones, el poder dormir el último de mis sueños bajo esta cúpula sagrada: aquí, al lado del pueblo y al amparo de vuestras plegarias; aquí, junto al Dios bueno a quien pido para vosotros la más sublime de sus bendiciones." Tal dijo el padre Palma el domingo del 19 de marzo de 1890 — día de San José, patrono del templo, al inaugurar aquel que su esfuerzo había levantado; su anhelo se cumplió y gracias a la emocionada gratitud de un pueblo descansa allí el padrecito rubio que al filo de los treinta años se marchó de esta vida con su gran sonrisa luminosa y aquella simpática presencia de cuando echaba un vuelo del manto sobre su gallardía con ese aire de caballero antiguo que digno del pincel de los viejos maestros para hacerse belleza perdurable en el milagro de la forma y en el embrujo del color.

Luis N. Palma era fundamentalmente poeta: había nacido con el don del canto y desde muy joven le destinaron sus versos a ser el poeta de su fe y de su patria, los dos grandes amores que, conjuntamente con el de la su madre arrancaron de las cuerdas de su lira las estrofas unas veces robustamente épicas, otras veces unciosas de fervor o ennoblecidas de ternura.

Habían enraizado en su corazón las profundas y graves palabras del Eclesiastés y sabía que en esta dura milicia que es la vida todo es

vanidad... por eso quiso que sus versos se trocaran en el aventar de cenizas que es final de seres y de cosas... pero por suerte para las generaciones que amen la belleza no fué cumplido su mandato y salvadas para orgullo de la poesía argentina nos quedó la limpia resonancia de su verso.

Se ha comparado a Luis N. Palma con dos grandes poetas de la provincia suya, tan fecunda en voces inspiradas. Se le ha comparado con Andrade, el poeta del vuelo caudal, el de los vastos poemas civiles como Atlántida y Prometeo, o de los grandes acentos marciales de la epopeya, como en el Canto a San Martín y el famoso El Nido de Cóndores. Y se le ha comparado también con Gervasio Méndez, el llamado poeta del dolor, aquel que en plena juventud — 25 años florecidos de esperanza! — quedó para siempre encadenado a su lecho de inválido. Pero Palma, si bien recibió como ellos la influencia literaria de su época, el romanticismo francés y español a través de Víctor Hugo y de Gustavo Adolfo Bécquer, respectivamente, tiene un acento propio, una voz suya, que le dan perfil y relieve entre los grandes poetas argentinos.

Palma vivió una hora difícil y enorme: la Patria acababa de andar su largo camino erizado de luchas fraternas y dejaba el sendero de la epopeya para tomar la ruta del progreso... Habían llegado las masas inmigratorias y el arado rompía la inmensa tumba verde de los centauros criollos, aquellos que marcharon con su selva de lanzas empenachadas de rojo como si los ceibales de la terra pregonaran su credo federal! Las ideas del liberalismo habían creado un clima de ardor polémico, de heroica militancia cristiana, de la que es símbolo Monseñor Gelabert, aquel fuerte obispo del Paraná que consagrara a Palma. Triunfaba el ansia de la fácil riqueza: los caminos azules del Atlántico convertían en oro de metal el oro de la espiga en la alquimia nueva de la fenicia urgencia... Y en esa hora, dormida la epopeya y atacada la fe, enfrentadas las cotizaciones con su insolente "vae victis" a los eternos valores del espíritu, parecía que el poeta llegaba rezagado a un mundo indiferente al maravilloso destino de su canto. Y es entonces cuando Luis N. Palma dirá el pujante alegato de su fe en la belleza, en aquellas estrofas de Las Apas Mudadas, el mejor de los poemas encendido de versos lapidarios para ese siglo suyo que

...todo echa a la infeliz balanza
del cálculo mezquino:
el corazón, el alma y la esperanza!
Hoy todo desmerece
la virtud y la ciencia
Todo en subasta pública se ofrece
el pudor, la honradez y la conciencia!

Que en incansable espíritu de empresa
por conseguir un bien que no comprende
el siglo del metal todo lo pesa
el siglo del metal, todo lo vende!

Han muerto los sublimes ideales
en que el alma se inspira
para escribir canciones inmortales.
El éxito sin fe tomó la lira,
la hizo crujir entre sus manos rudas
y la estrelló a sus plantas:
¡Ya los vates no cantan!
¡Las arpas están mudas!

Vibrante canto amargo entre cuyas estrofas pareciera agitarse el látigo de la divina cólera con el que el dulce galileo arrojó del templo a los que mercan.

Pero sabía el poeta que todo tiene su tiempo debajo del cielo, que es destino de las noches tener partos de sol y que han de pravelecer las estrellas de Ariel... por eso, casi al final de su poema, como si hubiera vislumbrado entre las sombras un prólogo de rosas, exclama:

“Soldados de la idea,
poetas argentinos
descolgad vuestra lira: es la alborada!

de la agesta
Luis N. Palma cantó a la patria con encendido ardor en las estrofas de “Chacabuco y Maipo”, donde ya desborda el acento épico inflamado por el alentar a la gente, no obstante tener el poeta diecisiete años apenas. La cantó en su poema “La Patria y las Provincias” y su admirable “Recuerdos de Gloria”, la más hermosa de sus poesías épicas, y también la más conocida, aunque fragmentariamente a través de las antologías. Ejemplo del aliento de este poema serán estos versos, en que dice a la patria: :

“Mas tú no olvides que la fe de Cristo
salva los pueblos! A su amor fecundo
siglos de edades sin cesar han visto
salvar la cruz de su naufragio al mundo.

Del vergonzoso crimen
ante la senda abierta
nunca la fe de tu conciencia arranques
Apóstata jamás, mil veces muerta!

“La fe y la libertad”, he ahí el lema
que siempre debes ostentar ufana;
Ay! del que el credo de su fe blasfema!
Ay! del que el sol de su pendón profana!

Ah! tu no borres nunca
ese lema bendito
¡Y atarás tu corona de laureles
con las cintas de luz del infinito!

Cantó a su fe cristiana, a las virtudes excelsas, en hermosos poemas como "América a la sombra de la Cruz", "Los Templos" y "La Caridad". Dejó versos llenos de ternura como "Recuerdo" y "Pensando en mi Madre". Cantó a Entre Ríos, la tierra de su amor, en un himno recio y triunfal, donde recordaba las glorias de aquella provincia guerrera que en la hora de la paz promisoría hacía florecer sobre sus llanuras el oro extendido del trigal y el cielo ondulante de los linos en flor... Cantó a Gualeguaychú, la ciudad de su afán apostólico, comenzando su poema con estos versos:

"Gloria de aromas que a sus plantas quema
el sol de fuego en el jardín del valle,
bella ciñendo a tu elegante talle
de inmensas selvas el flotante tul;

alta la frente fulgurando ideas
desde su lecho de fragantes flores
virgen cautiva modulando amores
¡Levántase triunfal gentil Gualeguaychú!"

+ Este entrerriano ilustre fué de los más grandes oradores de su tiempo. Todos cuantos sobre él han escrito — algunos de ellos auditores de sus discursos — alaban la belleza de esa palabra que se hacía fervor en sus labios de tribuno de Cristo, porque antes de engarzarse en la elocuencia maravillosa de su frase se había calentado con luz de amor en el fondo de su corazón creyente.

X Quizá la más hermosa de sus piezas oratorias sea el panegírico a Santa Rosa de Lima, de ajustada sobriedad en la clásica armonía del estilo; panegírico que no llegó a pronunciar porque aquel 30 de agosto, día de la Patrona de América, ya todos los jardines de Entre Ríos habían volcado sus flores sobre la tumba recién abierta de su poeta... Discurso magistral cuya lectura en aquellos borradores que no tuvo tiempo de corregir, muestra la robustez de su garra de polemista y llena el alma con el doble regalo de la emoción intensísima y de belleza deslumbrante; discurso magistral que se apagó en sus labios antes de nacer desde la cátedra sagrada; por eso quizá Luis N. Palma está en su templo, frente a los tiempos, alzado en la perennidad de la estatua, avanzado el brazo en gesto rotundo, erguida la cabeza apolonida en actitud de darnos para siempre el discurso de sus labios de mármol.

El que se había nutrido en la perenne fuente aristotélica no podía permanecer indiferente ante la política. Fué diputado por dos períodos — el último truncado por la muerte —. Había sido elegido en momentos difíciles — ya habían tronado los fusiles del 90 — y acaso pensó que hallaría en su palabra de fuego para unir a los hermanos separados por la menuda bandería y reconciliarlos frente a la gran bandera de la Patria... o, acaso atacados duramente los principios de su fe desde agresivas tribunas, pensó en el ejemplo y en la consigna de Estrada: que “había llegado la hora de vender la túnica y de comprar la espada”, y entró en el recinto de la ley con su espada de miliciano de Cristo.

Supo del hondo dolor de la vida: en su total acción de caridad atendía a una familia atacada de terrible mal sin esperanza y poco tiempo antes de su muerte ya estaban anunciándose en Palma los estigmas terribles, y comenzaban a insumir en aquel rostro de varonil belleza la huella indeleble del daño de Job... y supo también del otro dolor que produce la maldad en las almas, ese de los mezquinos que eligen siempre a quien se yergue por sobre la medida común para arrojarle lodo de calumnias. Alguna vez conoció esta dolorosa tragedia íntima y escribió en la alta noche, febril el pulso, trémulo el corazón, desgarrada el alma:

“Me ha herido por la espalda ese villano
con espantosa saña.
Llevaba del anónimo cobarde
la impenetrable máscara.

Lo conocí en la risa comprimida
que estalló en carcajadas.
Había clavado en mi alma con sus odios
el puñal de la infamia.

Esperaba impaciente que cayera
Destrozada mi fama,
Hiena social que goza en el cadáver
de la honradez que mata.

Yo pude maldecirlo, mas recuerdo
que Jesús perdonaba.
Como él yo digo con la sangre aún fresca:
Perdono a la canalla!

Luis N. Palma es una de las figuras más puras y gloriosas que tiene Entre Ríos; su alma de poeta, su palabra encendida de fervor y belleza, su acción de apostolado y caridad, su vida toda, hacen de él un hijo predilecto de esta tierra fecunda para el arte. Hace poco más de cincuenta años que su vida terrena se apagó en plena juventud, más como aque-

llos astros muertos del espacio su luz nos llega a través del tiempo decantada en brillo y en pureza.

Al promediar agosto de 1894, Palma que estaba en Paraná en el desempeño de sus funciones legislativas, se sintió enfermo y su mal agravó rápidamente. El que admiraba profundamente a Bécquer y le había augurado en un poema que siempre velarían por su fama los versos de sus rimas, murió del mismo mal que el sevillano de los azules ojos tristes... una racha del invierno que se cuela sangre adentro...y como el de Bécquer fué también destino de Luis N. Palma vivir para siempre en la hermosura de sus versos.

La capital entrerriana vivió hora por hora, angustiada y llorosa, la agonía del poeta. El 26 de Agosto todo el clero en corporación acompañaba el santo viático hasta el lecho del moribundo. Palma ya preparado para su supremo tránsito se despidió de sus muchos amigos y de sus queridos pobres que acariciaban aquellas manos de marfil exangües sin fuerzas ya para bendecir... Besó las canas de la madrecita vieja y pensando en el dolor de ella se quebró por un momento su entereza...luego fueron sus labios al crucifijo y murmurando "Sálvame!" clavó en lo alto sus ojos de creyente hasta que los vidrió en reflejo el brillo de la muerte. Eran las cinco y media de la mañana del 27 de agosto. Afuera rugía el viento su desatado miserere y entre una niebla cenicienta un rescaldo de estrellas guardaba la lumbre para encender la aurora.

Pero no dejó inextinguible e impercedero su mensaje

*Fue raras en luto, e tan a luto
pero no dejó inextinguible e impercedero su
mensaje: su fe en el tiempo ideal,
su amor a la patria que inspiró el plebiscito
de los cinco y siete, la batalla de Ituzaingó,
su fe en la república: su fe en la patria y en el tiempo.*

Con algunas modificaciones fue incluido en su "Doce Ensayos", Santa Fe: Colmegna, 1992,p. 21-28.